

Desde el Sinú...

Adriana Sánchez



Un día de 1962 don Antonio Pérez Petro tomó a su pequeño hijo de la mano, lo condujo al cultivo de la finca que habitaban en las tierras de Sabana Nueva y le dijo:

— Aquí tiene esta tierra, trabájela y saque de ella lo que necesite. Y como a Toñito le encantaba cultivar recibió esta sorpresa con gran felicidad.

Cada vez que el maestro Antonio recuerda aquel momento su voz se quiebra y sus ojos se llenan de llanto, como si la nostalgia del pasado y el orgullo de una educación basada en la autoridad invadieran sus sentimientos.

Su infancia transcurrió entre la alegría que rodea la costa Atlántica colombiana y la unidad familiar, temporalmente separada por la necesidad de buscar educación para los hijos, pues la escuelita del pueblo solo contaba con la primaria. Aquella escuela frente a la cual jugaba al bate con sus compañeritos durante el recreo.

Los abruptos cambios en la vida de Antonio parecieran ser la ley de su destino, movidos por el paso del campo a la ciudad. La exigencia de nuevos hábitos de estudio, acompañada de la ausencia temporal de su padre, lo condujeron un buen día a su primera derrota: la pérdida de un año escolar. Y como pensó que su padre lo castigaría, decidió volársele.

Y vaya que se voló; voló a la aventura de enfrentar miedos y superar retos, a demostrarse que era capaz de valerse por sí mismo. En su natal Sabana Nueva vendía el arroz en la tienda principal del pueblo, apoyado en la compañía de sus hermanos. Ahora le había llegado el fin de su timidez, al verse en la situación de tocar cada puerta de las casas en Barranquilla para ofrecer ropa a las señoras de los barrios más populares. Y como jamás olvidó su deseo por educarse, luego de confirmar que era capaz de conseguir lo que se propusiera, regresó con su familia de nuevo a Montería. Allí comprendió que su padre siempre tendría el corazón de par en par.

Cuando reinicia sus estudios en la Normal Guillermo León Valencia de Montería, ya no parecía el tímido Antonio, sino más bien el temido; ya no callaba, ya gritaba, gritaba porque era incapaz de guardar silencio ante las injusticias. De modo que consideró necesario llevar la voz de sus compañeros, pararse en las calles y manifestarse ante la amenaza de cerrar las normales. Pero sus gritos fueron más allá, porque desde aquel momento decía: “No podemos solo pedir, también hay que actuar”. Entonces construyeron con sus amigos una improvisada carpa en el patio de la casa de uno de ellos, acondicionaron un aula de clase y comenzaron a enseñar a leer y a escribir a niños de bajos recursos, hasta lograr tener treinta estudiantes.

Así inicia entonces su trasegar permanente en la búsqueda de la superación, ya fuera académica ya fuera personal. El destino parece haber conducido los pies de Antonio para nunca estar demasiado tiempo en un lugar, una infancia y una juventud marcada por el desplazamiento. Buscó educarse para poder educar, cuando lo logra termina enfrentado a las botas de la fuerza y a la historia de persecución del país del Sagrado Corazón. Ya siendo un hombre hecho y derecho dedicado a la docencia en la ciudad de Barranquilla, sentía cada día al llegar a su hogar la presencia de agentes extraños, antes de la noche que vigilaban su casa, sacados de una película oscura y de terror. Aun así termina siendo rector del colegio Comunal el Bosque.

El río Sinú fue testigo de los caprichos, necedades, aventuras y juegos de un niño tímido pero diligente, así como cultivó y piló cada grano de arroz, soñaba siempre con educar a las personas que se cruzaran por su destino.

Así continúa cada tarde estrechando la mano de sus estudiantes, diciéndoles con una sonrisa: “Qué hubo hermano”. Mientras los jóvenes responden: “Bien maestro”.

En cada recreo, ya no juega al bate, ahora consuela y aconseja a las niñas que sufren por una pena de amor o porque la amiguita se disgustó o porque la mamá no la entiende o porque se sienten solas; siempre en su andar va rodeado de estudiantes y de alegría, la alegría de quienes quieren compartir con él.

El niño tímido, la verdad no sé dónde lo dejó, tal vez en su aventura vendiendo ropa a crédito puerta a puerta por la calles de Barranquilla, las calles que le enseñaron a despertar a la vida, a expresarse para poder vender siendo aún muy joven, inspirado por el influjo del pensamiento de paz y amor, del libre pensador, del hippie de la época, que para entonces llega a oídos de Antonio retumbando en su ser, afirmando que se podía ser feliz con lo básico, que la naturaleza nos provee de lo que necesitamos y que

todos somos iguales. Pero, ¿y cómo llega este discurso tan vanguardista a un joven de la provincia? se lo pregunté alguna vez. Y me respondió: “Mi querida amiga, la lectura siempre ha sido la lectura”. Cuenta que las revistas, los periódicos y algunas emisoras, hicieron llegar a él ese eco que para el mundo de aquel entonces no se podía detener.

Me ha dicho que es feliz con lo que hace y que no necesita más de lo que tiene para vivir, que si su final estuviera cerca sería un buen final, y musita como entre los dientes:

— He hecho lo que he querido, sin pretensiones, tengo la educación, mi familia y la tierra, qué más puedo pedir.

En realidad el pasado y el presente de Antonio no se separan, sino que se juntan en el recuerdo de su padre y en cada reunión con los líderes de la región, tratando de hacer que las palabras tengan vida y sentido en la gestión pública de sus gobernantes. Así lo he visto llevando su estandarte de madera de la ADE, entre la muchedumbre de la Plaza de Bolívar, con su caminar erguido y siempre sereno, sin prisa y sin miedo grita:

— La educación no es una mercancía es un derecho, primero es lo primero, salud y educación.

Y entre sus iguales se afirma y su voz se pierde en la única voz de los docentes:

— Y si queremos y si nos da la gana de ser una Colombia libre y soberana.

— Caminaba con mi padre bajo los árboles de mango –recuerda–, cuando lancé con fuerza una piedra para bajar un mango del árbol y el desatino de mi puntería me jugó una mala pasada, la piedra fue a parar a la nuca del viejo. Él, sin chistar palabra, se tocó el cuello, me miró y se sonrió. Si me hubiera pasado a mí eso, no sé cómo hubiera reaccionado.

Antonio comenta aquella anécdota a un padre de familia, como queriéndole hacer que, al igual que él, aprendiera que la paciencia y la serenidad nos lleva a actuar ante los hijos con sabiduría.

Su vida y experiencia son para el maestro Antonio Pérez una herramienta de trabajo, no porque sea perfecto, sino porque desde la humanidad, los errores y los aciertos, se hacen vida, y como dice la canción, se hace camino al andar.

En la sala de profesores llena de escritorios y entre las charlas y las risas Antonio coloca, casi sin ser notado por sus compañeros, los folletos informativos o periódicos de la ADE, de Fecode, dejando abierto el espacio al disenso y a la libre reflexión de una lectura que para algunos no tiene sentido y para otros es la base de la reivindicación del derecho a la educación. Las reacciones a la información tendrán lugar más tarde, al calor de un tinto o un agua aromática, en donde su empatía hará lo suyo entre quienes comparten su mismo carisma.

Al niño de Sabana Nueva, al vendedor de Barranquilla, al líder estudiantil de Montería, al educador de Juana Julia, al rector de Barranquilla, al docente de Bogotá, al campesino de Ubaque, le quedan muchas semillas por sembrar, muchos sueños por cumplir y quién sabe cuántas historias por contar, porque treinta años no son suficientes para dejar de trasegar entre sueños. Seguiré compartiendo a su lado cada jornada escolar que me permitan los avatares de la educación.



¡TODO PASA... TODO QUEDA!

Historias de maestros en Bogotá

Olvidar y recordar es un acto político; recuperar y conservar es un acto de esperanza. Tanto política como esperanzadora fue la aventura emprendida por 135 docentes nuevos que identificaron, invitaron y se encontraron con 67 docentes de mayor y amplia trayectoria pedagógica, y juntos hablaron, se contaron, escribieron, se mostraron, lloraron y se emocionaron con las huellas del trasegar de sus vidas como maestros en los colegios públicos de Bogotá.

Los primeros compartieron los aprendizajes en esta etapa inicial de su vida laboral como docentes, llena de múltiples y variadas tensiones que oscilan entre el interés y el entusiasmo y entre las angustias y los desconciertos; los segundos, entusiasmados de contar y de ser contados, abrieron sus cajitas de sorpresas repletas de anécdotas y aprendizajes.

Esto no termina... “todo pasa y todo queda...” siguen llegando maestros y seguirá contándose la historia.

